

CARTAGENA DE INDIAS

Hacia el norte de la República de Colombia, en las riberas del mar de las Antillas, se extiende una lengua de tierra, baja y arenosa, asiento de la ciudad de Cartagena, llamada antiguamente por los españoles Cartagena de Indias.

Fundóla en 1553 D. Pedro de Heredia, uno de aquellos valientes y audaces conquistadores, quien más afortunado que Alonso de Ojeda, Juan de la Cosa y otros, pudo al fin vencer la tenaz resistencia de los naturales (1) y tomar posesión del territorio, en nombre del Emperador Carlos V.

La bahía de Cartagena era entonces y es todavía considerada como la mejor de las que existen en las costas septentrionales de Sudamérica, por su profundidad y aguas tranquilas. Tiene dos entradas principales: la de Boca grande entre la Lengüeta y la isla de Tierrabomba, obstruída por los españoles en 1741, dejando sólo una vía estrecha para embarcaciones menores, y el canal de Bocachica, entre Tierrabomba y la isla de Barú, que da acceso á bajeles de alto bordo.

Las calles de Cartagena son angostas, de suelo arenoso, que caldea el sol de los trópicos. Casi todas las casas son altas, de balcones voladizos, y tienen, por lo general, en el primer cuerpo, una arquería, construcción adecuada para mitigar los ardores del clima. Todavía conserva magníficos edificios del tiempo colonial; entre ellos, el hermoso templo de San Juan de Dios; el Instituto de la *Obra Pía*, ú hospital de mujeres, fundado por el Obispo La Madrid; el convento de Santo Domingo; la *Catedral*, que posee un riquísimo púlpito de mármol jaspeado, trabajado por célebres artistas de Italia, y el edificio de la Inquisición, obra

(1) Los indios *Calamores*.

del siglo XVI, notable por su elegante portada esculpida en piedra.

La ciudad se divide en dos secciones: la parte amurallada y el barrio exterior de *Gemani*. Este arrabal se comunica con la tierra firme por medio de una calzada con tres puentes, uno de ellos levadizo, de hierro. Por este lado se alza, á poca distancia, el cerro de San Lázaro, y sobre él, á la altura de veintiuna toesas, el fuerte de *Felipe Barajas*. En uno de sus muros se lee la inscripción siguiente:

“Reynando Phelipe Quarto el grande, y Gouvernando esta plaça segunda vez Don Pedro Capata, por su zelo y industria se fabricó este castillo de San Phelipe de Varajas. Año de 1657.”

Desde aquí se desprende la serie de colinas que terminan en *La Popa* (1), cerro alto y pedregoso, guardián de aquel punto más recóndito y abrigado de la bahía que se llama *La Caldera*. En la cima edificaron los conquistadores un fuerte y un convento, del cual se conserva intacta la iglesia dedicada á Nuestra Señora de la Candelaria.

En Bocachica está el fuerte de San Fernando, poderoso en otra época, hoy desmantelado y cubierto de maleza. El castillo servía para residencia de la guarnición, á cuya defensa estaba encomendada la entrada del puerto.

Hay un patio de honor, de cincuenta varas por cada lado, y á él caen las terribles prisiones, construidas en el espesor de la muralla, conocidas con el nombre de *las bóvedas*, de triste fama en la historia del país.

Miden los calabozos diez varas de fondo, por seis de anchura, pero el techo forma una bóveda aplanada que se rebaja en los extremos, de tal manera que no se puede estar de pie sino en un solo sitio, ó sea bajo la clave del arco.

(1) Llamado así por tener la figura de las antiguas galeras españolas, cuya popa está representada en la eminencia. Su altura es de 84 toesas.

¡Cuántas escenas de dolor han debido de presenciar estas sombrías cavidades! ¡Cuántos gritos de desesperación, cuántas maldiciones, pero también, cuántas plegarias! En la época de la Independencia, muchos patriotas, encadenados al muro, sufrieron aquí por su amor á la República; algunos rindieron la vida, entre la humedad de la cripta, el hambre y el abandono; otros, de aquí salieron para recibir muerte afrentosa en el cadalso. Hoy todavía, bajo aquel cielo purísimo de Cartagena, que alegra el paisaje, las bóvedas, con su fatídico recuerdo de aquellas edades oscuras, infunden cierto terror secreto y sentimientos de pena y de tristeza.

Desde San Fernando se descubre un panorama espléndido de la bahía y sus contornos. De un lado, el mar Caribe, imponente y bravío; del otro, la bahía con sus aguas mansas de color verde esmeralda, apenas movidas por la brisa; islotes que parecen jardines flotantes; caletas sombreadas por espesos manglares; y playas risueñas, donde campean infinidad de esbeltas y gráciles palmeras.

Al otro lado del canal se distinguen las ruinas del castillo de San José, edificado en la isla de Barú, la antigua Bahaire de la conquista. En dirección norte se extiende la isla de Tierrabomba, llamada *Codego* por los naturales, en donde reinó el belicoso jefe Carex, adversario temible de Pedro de Heredia, y después su mejor amigo y aliado. A corta distancia de San Fernando, en el lado del mar, está Bocachica, aldea de pescadores y marinos, destruída en 1815, y cuyos habitantes todos, sin distinción de sexo ni edad, fueron pasados á cuchillo, por orden del General Morales, del ejército expedicionario.

Por último, allá, en el fondo de la bahía, al pie de los cerros históricos, la “reina de las Indias,” con sus edificios blancos, torres y azoteas, como una visión de tierras orientales.

Sin embargo, en este cuadro encantador se nota algo siniestro y pavoroso que oprime el corazón, y aun ignoran-

do la historia, pronto se percibe, se adivina más bien, que estos lugares han sido teatro de sangrientos sucesos.

Aquí en la muralla, se observan señales de violencia: cicatrices profundas hechas por las bombas y las granadas; en el patio, las bóvedas enseñan sus negras fauces como pidiendo nuevas víctimas; á trechos, entre el follaje asoman bastiones destartados, torres escuetas; por todas partes se ve, se palpa el ímpetu del asalto, la obstinación de la defensa y la furia de aquellos duelos legendarios.

* *

Ya en tiempo de Felipe II era Cartagena de Indias, centro activísimo de comercio y la ciudad más opulenta de la costa americana. Allí se daban cita los mercaderes y traficantes de las Antillas, México y el Perú; en su hermoso puerto recalaban todos los buques expedicionarios que iban á Panamá, y de él partían los galeones que á España llevaban las riquezas del Nuevo Mundo. En Cartagena se almacenaban las esmeraldas de Muzo, las perlas de Panamá, los metales preciosos, las quinas y demás productos de las Colonias; en fin, allí se acumulaba el *quinto* perteneciente á la Corona, que ascendía á muchos quintales de oro puro.

En vista, pues, de su admirable posición topográfica y de los tesoros que contenía, bien fácil es comprender el empeño que en tomarla pondrían los corsarios extranjeros, quienes como Baal, Drake y otros, la hicieron con frecuencia el blanco de sus codiciosos ataques. De aquí la necesidad de ponerla en estado de defensa, para lo cual el monarca ordenó, en 1595, la construcción de muros y baluartes, que hicieron de Cartagena una plaza fuerte de primer orden.

Las obras costaron cincuenta y nueve millones de pesos.

Cuentan que el rey estaba un día en su cámara del real alcázar de Madrid, cuando le presentaron las cuentas relativas á las fortificaciones.

El monarca dio una ojeada á la suma total; se levantó, y acercándose á una de las ventanas que daban al Poniente, se estuvo mirando al horizonte un buen espacio de tiempo, á la vez que decía entre dientes:

—No las veo.

Entonces uno de los cortesanos le interpeló, diciendo:

—Se digna V. M. decirnos ¿qué desea ver por ese lado?

—Las murallas de Cartagena, ¡vive Dios!—respondió el rey—según el dinero gastado, tan altas deben ser, que desde aquí bien podríamos verlas.

Es imponente el aspecto de los almenados muros, torreones y casamatas. Como centinelas avanzados, hay veintisiete baluartes, y al pie, un foso profundo lleno de las aguas del océano. Se ve y se admira, pero difícilmente se comprende, cómo aquellos primeros colonos, bajo un sol abrasador, atacados de continuo por los insectos y á menudo por los indígenas, trabajando con la coraza al pecho y la daga al cinto, pudieron levantar tan estupenda fábrica, que más bien obra de cíclopes parece.

* *

En Abril de 1697, luégo que Luis XIV hubo declarado la guerra á España, se presentó á la vista de Cartagena, con numerosa escuadra, el barón de Pointis, almirante de la armada francesa. Acompañábale como auxiliar el pirata Ducasse, con un buen número de barcos corsarios. El hecho sublime por excelencia en este sitio, fue la defensa de Bocachica, á cargo de D. Sancho Jimeno, quien resistió con sólo trescientos hombres á los seis mil enemigos que lo asediaban.

—Entregad el castillo—le escribió un día el almirante francés, después de un furioso ataque que fue rechazado.

—El castillo no puedo entregarlo, porque no es mío—contestó D. Sancho,—si lo queréis, venid á tomarlo.

Un mes se defendió el valiente castellano, y no capituló sino cuando la ciudad estuvo rendida y la guarnición de San Fernando aminorada á treinta hombres. Los más habían muerto; á otros, porque hablaron de rendición, los tenía encerrados en las bóvedas; los sobrevivientes enfermos, carecían de fuerzas para sostener el arcabuz.

Cuando se botó el puente levadizo y los vencedores entraron en el patio de honor, quedaron suspensos ante el espectáculo lastimoso que á su vista se ofrecía; las armas francesas se rebajaron para tributar un saludo de admiración y respeto. A la derecha, en un rincón, había un puñado de hombres que parecían espectros; tenían las mejillas lívidas, hundidas, pero los ojos llameaban oscuros y amenazantes; á la izquierda, un montón de heridos; enfrente las prisiones, donde se lamentaban los cobardes. Y en medio de tanta desolación y ruina tanta, Don Sancho, macilento y exangüe, pero erguido y arrogante siempre, sostenía en sus brazos á su joven esposa. A sus pies yacía el noble acero, roto en dos pedazos.

Pointis se acercó entonces, se desciñó la espada y le dijo:

—Un caballero como vos no debe estar desarmado. Llevad mi espada, y honradla, como habéis honrado la vuestra.

No se detuvo ahí la admiración del francés, antes bien le nombró Gobernador de la plaza, y por amistad suya impidió los desmanes de sus aliados los corsarios.

No obstante, la expedición resultó asaz provechosa para los invasores. Estos se llevaron diez millones de pesos, ochenta piezas de artillería, muchas joyas y un riquísimo sepulcro de plata destinado á las ceremonias religiosas de la semana santa (1).

(1) Este sepulcro se llevó á Francia, pero en 1713 (Paz de Utrecht) fue devuelto por Luis XIV á la ciudad, junto con una valiosa palma del mismo metal. Ambas reliquias fueron convertidas en moneda durante el sitio de 1815, para racionar las tropas.

En 1741 puso sitio á Cartagena el Almirante inglés Vernon, enviado por la Reina Isabel para hostilizar las colonias españolas de América.

Jamás había cruzado el mar Caribe armada tan formidable! Componíase de ocho navíos de tres puentes, veinticinco de línea, doce fragatas, muchos brulotes y ciento treinta barcos de transporte. Traía nueve mil hombres de desembarco, dos mil macheteros de Jamaica, un regimiento norteamericano y quince mil hombres de marina.

El Gobernador de la plaza, D. Blas de Lezo, contaba para la defensa con mil cien hombres veteranos, trescientos de milicia, seiscientos indios trabajadores, dos compañías de negros y mulatos libres, y apenas seis barcos de guerra tripulados por cuatrocientos soldados y seiscientos marinos.

Vernon se dirigió primero á Portobelo, plaza secundaria y mal defendida, que tomó con facilidad; luego pasó á Cartagena. En Inglaterra se tenía por tan segura su victoria, que le enviaron unas medallas (1), en que se representaba por el anverso á D. Blas, de rodillas, entregando al Almirante su espada y las llaves de la ciudad, y en el anverso esta leyenda:

"The pride of Spain, pull'd down by admiral Vernon" (2); y en el reverso:

"Who took Portobelo with six ships only," con una vista del puerto y las naves inglesas.

Dos meses duró el asedio, y después de una lucha porfiada y la más desesperada resistencia, tuvo el Almirante inglés que levar anclas y retirarse confuso y humillado ante la heroica constancia de los bravos cartageneros.

Había perdido nueve mil hombres, todo el parque y algunos de los barcos, y llevaba como recuerdo de su derrota las medallas que debían conmemorar su triunfo.

(1) Algunas de estas medallas existen en el Museo Nacional de Bogotá.

(2) "La soberbia de España humillada por el almirante Vernon" "Quien tomó á Portobelo con sólo seis naves."

Vino después la guerra de la Independencia, aquella lucha titánica contra España que empezó en Quito en 1809, para terminar en 1825 en Ayacucho, guerra en que, como dice un ilustre americano (1), *la constancia española se estrelló contra sí misma*.

El 20 de Agosto de 1815 se presentó enfrente de Cartagena el General D. Pablo Morillo con cincuenta y seis barcos y ocho mil quinientos hombres.

La villa había sido puesta en estado mediano de defensa, pues sólo quince días antes, por un navío inglés que arribó al puerto, se tuvo noticia de la llegada de la expedición pacificadora. El número total de los defensores ascendía á tres mil seiscientos hombres.

Gobernaba en la plaza el General Manuel del Castillo, hombre de pasiones violentas y cuya odiosa rivalidad con el Libertador retardó la hora de las grandes victorias. Allí estaban también el General Francisco Bermúdez (2), cumánés, recién emigrado de Venezuela, soldado austero y buen patriota; el Teniente Coronel Carlos Soublette (3), después General y una de las glorias más puras de la República; el noble y simpático inglés Stuart, entusiasta por la causa de la Independencia, fusilado el año siguiente; Mariano Montilla y muchos otros. Entre éstos, notábase un joven oficial de constitución delicada, tez blanca, ojo vivo y observador, talla mediana y modales finos. Modesto y taciturno ayudaba oficiosamente á todos, distinguiéndose por su buen trato con los prisioneros españoles, que trabajaban en las fortificaciones, á quienes protegía contra los insultos de la soldadesca y el pueblo. Imposible sospechar entonces que este joven oscuro vendría á llevar, años

(1) D. Andrés Bello.

(2) Reemplazó al General Castillo, á mediados de Octubre, en el mando de la plaza.

(3) Defensor de La Popa, en la gloriosa jornada del 11 de Noviembre.

más tarde, el título glorioso de "Gran Mariscal de Ayacucho."

El 22 de Agosto empezó Morillo á desembarcar sus tropas, con el objeto de cercar la ciudad por tierra, al mismo tiempo que los navíos cubrían la entrada de Bocachica.

Por su parte, el Gobierno de Cartagena ordenó talar los campos á la redonda, á fin de privar á los sitiadores de alojamiento y recursos. Los habitantes de las haciendas y pueblos vecinos pusieron fuego á sus hogares, cegaron las fuentes, destruyeron los caminos y luégo fueron á aumentar el número de los sitiados.

Ciento diez y seis días duró el asedio, en el cual se peleó día tras día, hora tras hora con una constancia y valentía como sólo se vio en Zaragoza y en Gerona. Cartagena, *la heroica y redentora*, como la llamó Bolívar, cedía sus fortalezas palmo á palmo en medio de heroicidades que rayaban en locura.

"A fines de Noviembre, la situación de Cartagena era realmente insostenible. El hambre y la peste causaban estragos mayores que las bombas enemigas; la guarnición llenaba los hospitales, y al fin fue preciso apelar al triste recurso de abrir las puertas á las bocas inútiles. Fácil es concebir el horror de aquella medida, cuando la madre que salía de la ciudad con sus tiernos hijos, para no morir de hambre, dejaba el esposo en el puesto que el deber le señalaba, y en el cual la muerte vendría á buscarle." (1)

"Así, no sabían ya los defensores de Cartagena cómo resistir á los estragos del hambre. Los alimentos de toda especie se habían acabado. Durante el sitio se vendió el barril de harina en ciento cincuenta pesos; los huevos llegaron á valer cuatro pesos cada uno, y cada gallina diez y seis; mas ya se había consumido todo, y ni aun el rico podía obtener con qué mitigar el hambre.

(1) QUIJANO-OTERO. *Compendio de Historia Patria*.

“Para que se viesen renovados en Cartagena todos los horrores del sitio de Jerusalén, sólo faltó que se comiese carne humana; á excepción de este manjar, repugnante aun á la misma necesidad, todos los demás, por inmundos é insalubres que fuesen, se sirvieron allí en la mesa del pobre y en la del rico. Perros y caballos muertos, ratas y cueros cocidos, todo cuanto se podía haber á las manos, para prolongar la vida algunos días, ó algunas horas siquiera, otro tanto lo devoraban los habitantes. Con semejantes alimentos, no quedó persona alguna en pie: toda la población se enfermó: por las calles no se veían más que cadáveres y espectros ambulantes, que frecuentemente exhalaban el último aliento al lado de aquéllos. Y con todo, no se alzó una sola voz para proponer capitulación !

“Este lastimoso estado, que no podemos describir sin estremecernos de horror, y de admirar al mismo tiempo tanta constancia, se empeoraba por momentos. Toda la ciudad estaba dividida por mitad en un miserable hospital y en un horrendo cementerio. El 4 de Diciembre llegó á trescientos el número de las personas que de hambre quedaron tendidas en las calles; y en semejante situación, perdida ya toda esperanza de que viniese de lo interior alguna fuerza en auxilio de la plaza, y de recibir provisiones de las Antillas; ocupado por las tropas enemigas todo el país comprendido entre el Magdalena, el Sinú, el Cauca y el mar, creyó el Gobierno que había llegado el caso de tomar su partido.

“Declaró al efecto su intención de no capitular con las fuerzas españolas, sino de evacuar la plaza al día siguiente; y manifestó que había prontos once buques, entre bergantines y goletas, para recibir á todos los que pudiesen embarcarse y quisiesen correr el riesgo de abrirse paso por en medio de la escuadra y de las baterías enemigas.

“Todo el que pudo levantarse de su lecho acudió á bordo de aquellas embarcaciones, última esperanza de su valor; claváronse los cañones de las murallas, de La Popa

y de San Lázaro, y á ejemplo de los de Tiro, de Teos y de Focæa se embarcan el 5 de Diciembre más de dos mil cartageneros.

“Fondean los buques en Bocachica, en medio del vivo fuego que hacía el enemigo; recogen á los que de aquella guarnición se hallaban capaces de moverse; rompen por entre la escuadra española, y con sus mujeres, sus hijos y sus más preciosos efectos se van en busca de un asilo que los preserve de la dominación peninsular” (1).

La fuerza española ocupó la ciudad. Morillo entró sañudo y feroz; ni depuso su ira al ver los montones de cadáveres de mujeres y de niños, hacinados en las calles y plazuelas, y escuchar sobre los destartados bastiones, ennegrecidos por la pólvora, el lamento de los heridos y el estertor de los moribundos.

De los diez y ocho mil habitantes de Cartagena, murieron cerca de siete mil, unos en la contienda, los más de hambre. Los fugitivos sufrieron en su peregrinación indecibles penalidades. Apenas salieron del puerto, la tempestad diseminó las naves. Apiñados doscientos y aun trescientos individuos en aquellos barcos minúsculos, sin alimentos, escasos de agua, perecían á centenares. Llegaron al fin, aunque muy disminuidos en número, unos á los Cayos y otros á Jamaica; “el buque que conducía á Stuart, encalló y fue aprisionado por los españoles; suerte igual cupo á aquél en que los hermanos Carabaño intentaron penetrar el Atrato; éste fue arrojado por la borrasca á las playas mortíferas del Chagres: aquél fue villanamente conducido y entregado en Cuba, y de las doscientas personas que en él se embarcaron, sobrevivieron ocho. Sólo cuatrocientos emigrantes hallaron amparo y hospitalidad en Haití, donde gobernaba el Negro Petión, Petión *el grande*, que después de libertar á su patria, fue protector de los que por emancipar la suya, luchaban y morían” (1).

(1) JUAN GARCÍA DEL RÍO. *Una página de oro de la Historia americana.*

(1) QUIJANO OTERO. Obra citada.



Mas no siempre han sido las playas de Cartagena campo de violencia y de matanza; el suelo enrojecido tantas veces con sangre de héroes, también se vio regado con el sudor y las lágrimas de un justo.

Allí ejerció por espacio de treinta y seis años su sagrado ministerio San Pedro Claver, el apóstol de los esclavos, el *siervo de los siervos*, como á sí mismo se llamaba con tanta complacencia. El celo activísimo de este santo varón, en aliviar las miserias humanas, su piedad tierna y edificante y la pureza de su vida, dejaron sobre la ciudad, con el recuerdo imperecedero de sus virtudes, un halo resplandeciente de luz de amor, caridad y mansedumbre.

Todavía se conservan intactas las murallas de Cartagena de Indias. Pero este grandioso monumento, vetusto y mudo, imagen real de pasadas glorias, cumplió ya su destino. Lo que fue teatro de combate, es hoy día un lugar de recreo; en las aguas dormidas del foso se reflejan los baluartes sombríos y silenciosos; y por entre las almenas que limitan la anchurosa plataforma, en vez de piquetes de arcabuceros, pasean tranquilamente las hermosas cartageneras, que allí suelen congregarse en las tibias noches antillanas á respirar la brisa del Océano.

JOSÉ MIGUEL ROSALES

LA SEGUNDA DESTRUCCION DE ROMA

Acabo de realizar un viaje de seis meses por la Argentina, el Uruguay y el Brasil. Fui dictando aquí y allá, en las capitales y en las ciudades de segundo orden, conferencias de historia romana, que alcanzaron éxito completo. Dondequiera me festejaron, como festejaban en Europa, á principios del siglo XVI, á los humanistas célebres. Pero todas estas muestras de calurosa simpatía popular no me han impedido percibir, con intenso dolor de mi alma, que la tradición de Roma se halla en plena decadencia en-